

## NI ATENAS, NI JERUSALEM: WALL STREET.

por Andrés Simón

Estos párrafos no pretenden ser una especie de recetario para ir superando las dificultades de tipo organizativo o estructural que nuestra Universidad padece, sino algo más sencillo pero a mi juicio necesario, una reflexión acerca de cuál sea la misión que hoy en día la sociedad asigna a la Universidad y, en consecuencia, qué es lo que la misma puede ofrecer.

Me imagino que hace tiempo que aquella imagen de la Universidad como el lugar donde se cultiva la sabiduría se habrá desvelado como un espejismo, y desde luego ideales como el de búsqueda de la verdad no parece que gocen de «las mejores intenciones de voto» entre sus miembros. Estas aspiraciones formarían parte acaso de un ideal clásico perdido, desde luego, en los recodos de la historia. Otro tópico que, por evidente, ya también ha sido desterrado de la actual concepción de la Universidad, es que exista eso que denominamos «la» Universidad, ya que ésta ha dado paso a las Facultades, y éstas a su vez a los Departamentos. Parece que, en consonancia con los tiempos posmodernos, el espíritu del fragmento también se ha hecho presente, y si detestamos las «grandes palabras», expresiones como «búsqueda de la verdad» o «misión de la Universidad» suenan demasiado «fuertes» en nuestros oídos. Y así, más que de la Verdad o las verdades, nos quedamos con las interpretaciones que cada Departamento acuerde presentarnos.

Desde luego que el ideal de la sabiduría no entra dentro de las expectativas que hoy en día la sociedad tiene de la Universidad. Y aunque, en principio, la Universidad tiene autonomía, lo cierto es que sus orientaciones están marcadas en estos momentos por la sociedad. Esta situación no deja, por otro lado, de ser curiosa dado que otro de los tópicos acerca de la Universidad residía en que en ella se generaban las ideas que regían la sociedad, ella era quien marcaba la pauta a la sociedad.

Pero si la Universidad ya no se dedica a ese ideal de la búsqueda de la verdad, si en ella tampoco se están generando nuevos ideales sociales, ¿a qué se dedica hoy dicha institución? Creo que una pista nos la dará el fijarnos en cuáles son las Facultades a las que se le está dando mayor importancia, cuáles son esas Facultades en las que la mayoría de los estudiantes de primer año presentan su solicitud de admisión. Estas Facultades son de sobra conocidas: Derecho, Económicas y un grupo de las Facultades denominadas experimentales (Medicina, Farmacia, Ingenierías, Psicología, etc.) —quizá habría que incluir aquí el fuerte aumento de la demanda en Periodismo y similares—. Estas Facultades estrella son, vistas desde el punto de la sociedad, cuatro pilares fundamentales de la misma: El Estado, el Mercado, la Técnica y los Medios de Comunicación de Masas. Y al referirme a pilares lo hago en tanto que conforman los centros de poder de nuestra sociedad. Así pues, la Uni-

versidad el papel que está cumpliendo es el de dar a sus alumnos una formación que los cualifique para poder acceder a estos centros de poder. En estos momentos aquellos que llegan a ocupar puestos relevantes en alguno de estos sectores han pasado por la Universidad, a sus aulas han asistido quienes hoy están en los puestos destacados de la sociedad, desde los Abogados del Estado, Magistrados del Supremo, Eurocomisionados, etc. hasta los «descamisados» en el Gobierno. El paso por la Universidad está siendo condición necesaria, pero no suficiente, para participar en el poder. Y, desde luego, no todo el mundo pasa por la Universidad, dado que hoy las barreras económicas siguen estando presentes para un grupo muy numeroso cuando se trata de estudiar una carrera universitaria. Limitada será por tanto la visión que de la sociedad tendrá la Universidad cuando como mínimo los pertenecientes al tercio inferior de la misma tienen muy difícil el acceso a la misma.

Más arriba, comentando alguno de los tópicos acerca de la Universidad, decía- mos que el ideal de búsqueda de la verdad había desaparecido de la misma. Esta afirmación quizá sea un tanto inexacta y sería más correcto hablar de una transformación del ideal de verdad, de lo que hoy entiende la Universidad como «la verdad». Para ver en qué medida esto pueda ser cierto recordemos primero qué concepciones de la verdad se han manejado en la tradición occidental para reflejar la novedad de la comprensión acerca de la verdad que actualmente manejamos.

En nuestra cultura podemos decir que hubo dos concepciones fundamentales acerca de la verdad, la griega y la hebrea. Los griegos, y con ellos lo que se denomina cultura clásica, entendían la verdad como *alétheia*, como descubrimiento, desvelación. Era una verdad que tenía que ver con las cosas naturales, con lo que se ve, una verdad que se alcanza y posee gracias a una actitud teórica, una verdad que dice en relación a ideas.

La otra concepción acerca de la verdad, fundamental en nuestra cultura occidental, la aportó el pueblo judío, que entendió la verdad como *‘eméná*, como confianza. Una verdad que dice en relación a las personas, a la amistad de los hombres, una verdad cuya transmisión es oral, por la palabra dicha, en relación con la memoria.

La concepción que actualmente la Universidad tiene de la verdad no es desde luego ni la griega, ni la hebreo-cristiana. La concepción que la Universidad posee de la verdad bebe de la fuente del liberalismo, hijo triunfante de la modernidad. Tampoco podría ser de otra manera si la Universidad está ocupada en formar personal que pueda llegar a ocupar los centros de poder de nuestra sociedad, que es, sin lugar a dudas, liberal. Tres podrían ser los rasgos definitorios del actual criterio de verdad: el positivismo, el convencionalismo y el utilitarismo pragmático. Otros criterios no se pueden inculcar si se quiere que luego funcione nuestra sociedad. ¿Qué verdad busca la actual Universidad?. Por desgracia, en su gran mayoría, la verdad de una sociedad consumista con un último patrón de referencia, Mammon, bien en su formato dólar, o ecu, yen, etc.

Más para encontrar una verdad es necesaria una actitud vital que permita el acceso a la misma. Para alcanzar dicha verdad las actitudes vitales que se fomentan no son precisamente comportamientos solitarios o fraternos. Así, si en las antiguas concepciones de la verdad los modelos a imitar podían ser Sócrates o Jesucristo,

aquí el modelo no es otro que los «tiburones» de Wall Street, modelo muy poco humano por cierto, es el individualismo egoísta y calculador tantas veces señalado como proyecto de nuestra sociedad de fin de milenio. Si a lo largo de la Universidad y en los primeros años de trabajo se logra inocular esta mentalidad, la pervivencia de un mercado, Estado, medios de comunicación, etc., como los actuales está garantizada. Por otro lado, sería pecar de ingenuo pensar que desde estos centros se fuera a fomentar una escala valorativa que no fuera ésta. Así las cosas, se entiende que aquello de la preocupación social de los universitarios haya pasado a la historia, como historia es ya el «mayo del 68». Ahora el otro es una cuestión que no se plantea, su rostro ya no interpela, facilitado esto además por la misma selección económica que en el acceso a la Universidad se produce.

Pero ¿está funcionando este planteamiento tan bien como les gustaría a sus promotores? ¿Hasta dónde se llega con una verdad positivista, utilitarista, pragmática y convencionalista? Viendo los problemas que hoy tiene planteada la moderna sociedad occidental mucho nos tememos que este marco da poco juego para su resolución. Así, desde esta óptica, difícil solución tendrá el problema de la explotación a que el Norte está sometiendo al Sur y que está generando la muerte por hambre de 3/4 de la humanidad. Pero esta dramática situación revierte en una presión de inmigrantes en el rico Norte que está generando problemas cada vez de mayor envergadura y que no se solucionarán por la vía de las cuotas de inmigrantes. El Mercado mundial se enfrenta a un problema ecológico planetario cuya resolución tampoco parece encontrarse entre las filas de estas actitudes vitales donde lo que cuenta es la utilidad y el beneficio. Cuando se está fomentando una actitud individualista, los elementos de la propia comunidad se pierden, se desvanece el respeto hacia otras comunidades, y desde luego la mera expectativa de enriquecimiento gracias a la unión no es capaz de regenerar estos lazos. El problema de los nacionalismos, del Estado, de los Pueblos es difícil de resolver cuando la confianza en el otro, en el hermano, ha desaparecido. Finalmente, el proyecto individualista y nihilista de la sociedad occidental de fin de milenio difícilmente dará respuesta a aquellas preguntas últimas que antes o después todo ser humano acaba por plantearse<sup>1</sup>.

Estas breves pinceladas de los problemas más importantes en que la actual cultura de la Modernidad se está mostrando desbordada e incapaz de resolverlos dejan ver a las claras la necesidad de trabajar en nuevo paradigma que rotione aquellos elementos positivos del proyecto ilustrado, pero que lo corrija allí donde fuera necesario y, además, se abra hacia aquellos proyectos que la modernidad desestimó como innecesarios pero que se han revelado como fundamentales<sup>2</sup>. El marco que desde una perspectiva personalista y comunitario adoptásemos será esa verdad entendida como *‘eméná*, que tiene una larga tradición de pensadores que, trabajando desde esta perspectiva, la supieron enriquecer con elementos de la cultura griega y

1. Cfr. Díaz, Carlos: *Nihilismo y Estética. Filosofía de fin de milenio*. Ed. Círculo, Madrid - 1987.

2. En esta línea aparecen, aunque con diferencias, entre otros: Díaz, Carlos: *De la razón dialéctica a la razón profética* (Ed. Madre Tierra, Mérida - 1991), *En el Jardín del Edén* (Ed. San Esteban, Salamanca - 1991), *Cuando la razón se hace palabra* (Ed. Madre Tierra, Mérida - 1992); García, Diego: *La Universidad y el problema de la verdad* (En *El hombre ante la verdad* Rev. COMUNIDAD 1987); Masera, Juan-Luis: *El lugar de Dios en la postmodernidad* (En *VV.AA. Dios y postmodernidad*, Universidad Pontificia, Salamanca - 1986); Martí, Rayo: *La noche de los sentidos* (Ed. Anthropos, Barcelona - 1991).

cristiana, así como también a lo largo de este siglo con los elementos más salientes de la modernidad. Escogemos esta comprensión de la verdad porque estamos convencidos que sólo desde aquí se puede defender el valor y la dignidad de la persona humana, su dimensión trascendente, su apertura transformadora al mundo, etc. Éste es nuestro reto, subimos a las espaldas de los gigantes que nos han precedido para intentar desde ahí vislumbrar un proyecto alternativo a la crisis de modernidad y que, como ya sucediera en el pasado, acabe por implantarse en nuestra sociedad y en esa institución de cultivo de la sabiduría que es la Universidad.

**Andrés Simón.**

**Filósofo del Instituto Emmanuel Mounier.**